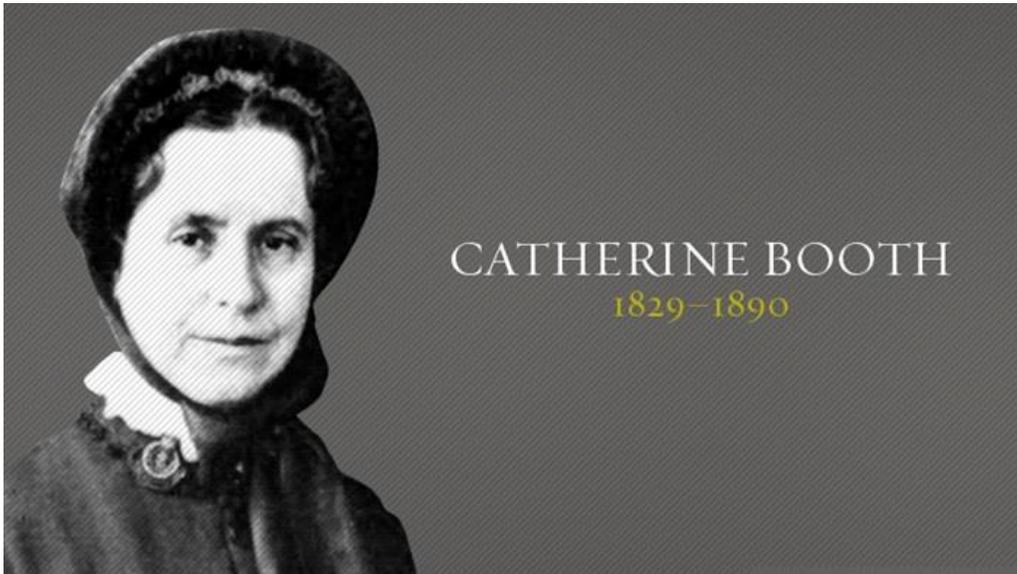


Catherine Booth



Clara McLester

Biografías de Cristianos

“La biografía cristiana inspira y anima. Fortalece la voluntad del cristiano, despierta las emociones encalmadas, echa combustible a la llama devocional, y hace que el barro se suavice en las manos del Alfarero”. Clara McLester

Catherine Mumford nació en Inglaterra el 17 de enero de 1829. Solamente uno de sus cuatro hermanos sobrevivió la infancia, y fue el único compañero de su niñez. La Sra. Mumford temía que la influencia de otros niños contaminara a su hija, de manera que fue muy celosa en guardar siempre a su hija consigo. ¿No actuó ella con sabiduría? ¿No fue así como protegió a su hija de los venenos que destruyen la educación del hogar? Demasiadas veces el hogar no es más que un refugio del mal tiempo, o una casa de huéspedes para los hijos; y la enseñanza la reciben de casi cualquier otra fuente menos la correcta.

El ejemplo y la enseñanza de esta madre produjeron resultados gratificadores en la hija. Las primeras lecciones de Catherine fueron de la Biblia, y antes de cumplir los doce años ella había leído las Santas Escrituras **ocho** veces. Su conocimiento de las Escrituras y la facilidad que ella demostró para usarlas fue uno de los secretos de su gran poder en el pulpito más tarde.

Su padre tomaba parte activa en la Liga para la Temperancia. Ella se interesó mucho, y con vehemencia participó en los argumentos sobre el tema. En lo privado de su propia habitación ella preparó manuscritos para varias revistas, firmando como autor anónimo, de manera que sus trabajos no fueran rechazados si se supiera que una niña los había escrito.

“Si me preguntaran cuáles han sido los principales factores que me han ayudado a través de la vida, daría prioridad a un alto sentido de responsabilidad que he tenido desde mi temprana edad para con todas las personas que llegaran a estar bajo mi influencia. El hecho de que a mí no se me responsabilizara no me aliviaba en lo más mínimo. “¿Por qué te afliges? ¡No es asunto tuyo!” me dicen constantemente los amigos aún ahora. Pero ¿cómo no me voy a preocupar cuando veo a las personas tomar caminos equivocados?”

“Su amor, tanto por las personas como por los animales, se manifestaba frecuentemente. Una vez, mientras corría por el camino rodando un aro con su vara, vio a un borracho que era arrastrado a la cárcel por un concejal. Una multitud se burlaba y se mofaba del acusado. Su total soledad conmovió profundamente a la niña. Le pareció que él no contaba con amigo alguno en el mundo. Veloz como un rayo, Catherine brincó a su lado y marchó por la calle con él, decidida que él habría de darse cuenta que había por lo menos un corazón que simpatizaba con él, fuera por su culpa o por mala suerte que estuviera sufriendo. Este espíritu que ella manifestó desde niña, atreviéndose a tomar parte con el solitario borracho, fue peculiarmente típico en ella como mujer que, tiempo después, se le encontraba al lado de su esposo. Juntos encararon el repudio de su día, hasta que su carácter fuera vindicado y su buen nombre reconocido. Al final habían escalado juntos a una posición de éxito único en la historia del mundo”.

Durante dos años se le permitió asistir a un colegio internado. Ella se deleitaba en adquirir conocimientos, pero nunca fue tan egoísta en sus ambiciones como para pisar desconsideradamente los sentimientos de sus compañeros. Siempre estaba pronta para auxiliar al lento o al torpe. Se le conocía como persona de estricta veracidad, que ni siquiera usara de la exageración. La salud le falló, de manera que fue obligada a dejar el trabajo escolar que tanto amaba. Durante tres años estuvo acostada, afligida con problemas de la columna dorsal. Durante siete meses seguidos tuvo que acostarse boca abajo sobre un catre especial que se le hizo. Pero, aún allí, ella se las arregló para poder leer su Biblia y otros buenos libros. No permitió que lo que leía se le escapara. Ejercitó su memoria escribiendo un resumen de lo leído al finalizar cada capítulo”.

Decía ella, “El haber estado sola tanto tiempo durante mi juventud, encerrada con mis propios pensamientos y los libros, ha sido de gran beneficio para mí. Si me hubiera entregado a los chismes, nunca hubiera alcanzado lo que logré”.

En su temprana adolescencia, su cercanía con un primo maduró hasta volverse un afecto sincero entre ambos. Él deseaba comprometerse en matrimonio con ella. Pero, aunque él era respetuoso de sus principios religiosos, ella discernía que únicamente por interés en ella, porque su vida no era gobernada por el deseo de agradar a Dios. Después de una larga lucha, ella le escribió claramente, rompiendo toda amistad. Por esa decisión ella tuvo razón de estar muy agradecida en años posteriores. “Fíjate antes de saltar es siempre buen consejo para guiar los afectos del corazón. No te lances al amor hasta no ver dónde caerás. Por lo menos, escoge bien de antemano donde caer; pues al escoger el compañero para la vida, uno generalmente hace o deshace su futura felicidad y éxito en la vida. ¡Ah, qué las jóvenes desecharan la esperanza de reformar a un hombre después de casarse con él! Qué se nieguen a amar a nadie a menos que él primero ame a Dios con todo su corazón. Ojalá que los jóvenes cristianos, especialmente aquellos

que desean entrar al ministerio, estuvieran tan totalmente consagrados que en esta su más importante decisión fueran guiados por Dios. No todas las jóvenes convertidas son ganadoras de almas; no todas han despertado al más sublime llamamiento de la vida; el de colaborar en la reconciliación del mundo con Dios. Mucho depende de la esposa del ministro. Ella ha de ser ejemplo para el rebaño en su arreglo personal, en el cuidado del hogar, en la educación de los niños, y en el sacrificio por la causa de Jesús. Además, ella deberá estar equipada con gracia y dones para ministrar en las cosas santas, en la escuela dominical, en la oración y en reuniones de enseñanza. Deberá ser digna de confianza, y apta para ayudar a cualquier clase de persona. Ella deberá ser eminentemente una mujer de oración cuya más alta ambición sea honrar a Dios, y ayudar a segar cuantas gavillas pueda antes del Gran Juicio. No todas las jóvenes que profesan el cristianismo tienen tales virtudes. Quizá hubiera más si todas procuraban los mejores dones”.

Cuando Catherine tenía unos quince años de edad, deseó intensamente tener la seguridad de su salvación. Aunque siempre había sido devota y escrupulosa, sentía la necesidad de la regeneración. Durante seis semanas ella buscó intensamente a Dios, con frecuencia hasta las altas horas de la noche. Una mañana despertó, tomó su Biblia e himnario de debajo de su almohada, y leyó:

*“Mi Dios, yo soy tuya; ¡consuelo divino!
¡Qué gozo saber que Jesús es mío!”*

Estas palabras llegaron con nuevo poder a su alma. Ahora poseía lo que había estado buscando durante todas esas semanas: la plena certeza de su salvación. Toda su alma fue llena de luz y de gozo. Corrió a la habitación de su madre y le contó todo. Juntas se regocijaron.

Con timidez y nerviosismo tomaba parte al principio en los servicios públicos. Pero el líder actuó con sabiduría: le pedía que orara y luego esperaba su respuesta. “Tienes que vencer la timidez. De otra manera no le serás de servicio a Dios”, le decía.

Catherine comenzó a dar una clase de Biblia, y en esta actividad creció en la gracia y desarrolló sus habilidades. Practicaba el negarse a sí misma, al ayunar a la hora de la cena y desayunando sin mantequilla un día por semana.

En uno de los cultos regulares ella oyó predicar a William Booth. Él era un joven predicador metodista, muy prometedor, de una experiencia profunda con Dios, que ardía con celo santo. La amistad entre ellos dos maduró y sus corazones se volvieron uno. Su compromiso de tres años fue marcado con devoción al Señor mientras se animaban el uno al otro a vivir más santas. Ella le escribió, “Entre más me acerques a Cristo, en más alta estima te tendré. Y si fuera posible amarte más de lo que hoy te amo, lo haré. Alégrate conmigo. ¡Dios vive! Yo me siento segura en sus manos. Procuremos vivir de acuerdo al credo que profesamos, y estar ansiosos por nada. ¡Qué Dios te bendiga!” Su matrimonio, que fue hecho en el mismo cielo, se efectuó el 16 de junio de 1855. Para entonces el Sr. Booth estaba entregado al trabajo de evangelismo, y sus labores eran ampliamente conocidas y muy fructíferas. En el término de cuatro meses, 1,739 personas habían buscado la salvación en nueve lugares diferentes donde él predicó. Ahora ella viajaría con él.

Un pastor vecino escribió un folleto en contra de las mujeres que predicaban. Aunque la Sra. Booth no predicaba en ese entonces, ella estaba convencida que Dios se había reservado el derecho de llamar a

predicar a una mujer cuando Él quisiera. Ella escribió una respuesta que circuló ampliamente. Cito una parte:

“En cuanto a la obligación que tiene la mujer de servir a su Maestro, supongo que no hay controversia alguna. El área particular en que cada una lo haga será determinado por las enseñanzas del Espíritu Santo y los dones que Dios le conceda. Si ella tiene los dones necesarios, y se siente llamada del Espíritu a predicar, no hay una sola palabra en todo el Libro de Dios que se lo impida. Al contrario, hay mucho que la anime. Dios dice que ella lo **deberá** hacer, y Pablo describe la manera en la cual lo hará. Febe, Junias, las cuatro hijas de Felipe y muchas otras mujeres sí predicaron en las iglesias primitivas. Si esto no fuera el caso, entonces habría menos libertad bajo a nueva dispensación que bajo la antigua”.

Cuando la Sra. Booth tenía cuatro hijos, y la mayor tenía cuatro años y tres meses, ella comenzó a predicar. Durante algún tiempo ella había sentido el llamado, pero su timidez la vencía. Además, había tal prejuicio en contra de que la mujer orara o testificara en público, y más aún que dirigiera un servicio o predicara que ella dejó que se le escapara el tiempo sin entrar en esa área de servicio. Fue durante un tiempo de enfermedad que el Señor le reveló claramente su voluntad y ella prometió no tardar más. Aproximadamente tres meses después, al final de una predicación de su esposo ante más de mil oyentes, mientras se escuchaban testimonios el Espíritu vino sobre ella, y se sintió movida a hablar. Se detuvo un poco, pero luego recordó su voto. El diablo le dijo “Tú no estás preparada. Te lucirás como una tonta, y no tienes nada que decir”. Satanás se equivocaba; se excedía “Ah”, se dijo ella, “éste precisamente es el asunto. Nunca he estado dispuesta a lucirme como tonta por amor a Cristo. Ahora lo haré”. Se puso en pie y para sorpresa de la congregación y también de su esposo (que muchas veces la había animado en vano a hablar en público) ella declaró su llamamiento y confesó su lentitud para obedecer. Muchos corazones fueron tocados, y se despertó un interés general en oírla. El Sr. Booth de inmediato anunció que ella hablaría de nuevo en el servicio de la noche. “La capilla se lució como para que los asistentes nunca olvidaran esa noche. Se llenó hasta las puertas, y la gente estaba sentada sobre los alfeizares de las ventanas. El auditorio escuchó absorto sus palabras en total silencio”.

El Sr. Booth sentía fuertemente que las masas de Londres requerían de él. Al entregarse a servirles, nació el Ejército de Salvación. Los pobres oyeron con gozo, y la obra creció rápidamente. El ministerio de la Sra. Booth fue bien recibido por las clases más altas, y las contribuciones de estas ayudaron mucho en el desarrollo de la obra entre los pobres. Sin embargo, ella no hacía condescendencias en sus mensajes para agradar a los ricos. Con fidelidad ella denunció los pecados, invitándoles a confesar públicamente su necesidad y a buscar al Salvador. “Yo temblaba mientras la escuchaba”, dijo Emma su hija. “Ahora se ofenderán y nunca más volverán, pensaba para mí misma. A veces, me atrevía a exponer mis pensamientos mientras volvíamos a casa juntas. ‘Mamá, pienso que fuiste demasiado severa con ellos hoy’. ‘Ah, tú eres como los demás’, me respondía, ‘pidiendo el jarabe sin el azufre. Ya sabía que eso estabas pensando’. Pero cuando se llegaba la hora del siguiente servicio, las mismas personas estaban presentes, la concurrencia era aún mayor, y las filas de carruajes afuera del salón era más largas. Entonces, ella derramaba su corazón ante ellos, sacaba a luz los pecados y las indulgencias egoístas de la sociedad, con todas las miserias y penalidades que acarrear, hablando tan sin misericordia como siempre.”

La Sr. Booth fue amada por todas las clases sociales. Al visitarla en su hogar, cualquier persona sentía el calor de su tierno amor. La pasión por las almas latía sin tregua dentro de ella, y hacía que su amor y su energía siguieran derramándose aún cuando muchas otras mujeres con su misma debilidad

física estuvieran cuidándose como inválidas. Pocas veces se encontró libre de dolor a consecuencia de su problema de la columna. Al terminar de predicar, muchas veces se halló totalmente exhausta. Sin embargo, crió nueve hijos, hizo todo el trabajo de su casa, aún al grado de coser la ropa, excepto durante sus últimos años, siendo siempre aún excelente ama de casa y una madre fiel. Mantuvo grandes volúmenes de correspondencia, recibió incontables visitas, ministró personalmente entre los pobres y necesitados, además de predicar continuamente.

Todos sus hijos fueron convertidos y predicaron el Evangelio. Ella deseaba que ellos vivieran solamente para honrar a Dios. Les dijo, “Si ustedes se desviarán de su integridad hacia Dios, yo oraría para que Dios los elimine de este mundo”. A uno de sus hijos escribió, “¡Ojalá que el Señor te haga tan miserable en cualquier parte, y en cualquier oficio, hasta que te sientas **irresistiblemente obligado** a predicar! Ah, hijo mío, el Señor quiere eso de ti – precisamente eso – que busques solamente honrar a Cristo. Tú eres libre para hacerlo; eres capaz de hacerlo por su gracia; naciste para hacerlo; y tienes maravillosas oportunidades. ‘Ten valor, sé fuerte, y Yo (el Yo Soy) estaré contigo’. Si lo haces, no podrás fracasar. El Señor te fortalezca con su poder, y te de voluntad de acero y palabras de fuego. **¡Tienes que predicar!**”

A una de sus hijas ella escribió, “Ah, me parece que si yo estuviera en tu lugar no me podría contener de gozo. Yo aspiraría a ser parte de la esposa del Cordero, y lucharía con Él en el conflicto por la salvación de la pobre, perdida, y miserable humanidad. Le pido a Dios que te lo muestre; y que de tal manera te enamores de Cristo, que veas que tu mayor gozo radique en ganar almas para Él. Yo oro por esto. Es más, gimo por ello, con gemidos indecibles. Si algún día tú lo llegues a sentir, mi copa rebozará de gozo. El Señor te lo conceda, mi querida hija”.

A otro de sus hijos ella le escribió, “Yo no te pido, como tampoco le pido a Dios, ningún otro premio. Prefiero que trabajes por la salvación de las almas, volviendo buenos a los malos, convirtiendo en felices los hogares miserables, y atesorando gozo y alegría para los hombres para cuando se presenten ante el Trono de Juicio. Si por esto tuvieras que comer solamente pan con queso durante toda tu vida, lo prefiero a que tuvieras otro puesto en el que ganaras \$50,000 al año”.

La Sra. Booth fue muy meticulosa en cuanto al vestido de sus hijos, buscando vestirlos con sencillez y pulcritud. Le escribe a su madre, “Acepte mis agradecimientos por el vestido que envió. Sólo tiene un problema: es demasiado elegante. Debemos serles ejemplo a nuestros hijos en este aspecto. Yo no siento ninguna tentación a adornarme yo misma, pero no puedo decir lo mismo de los niños. Debo ser firme. Además, encuentro que es peligroso para ellos. De hecho, la semilla de la vanidad está demasiado arraigada en sus tiernos corazones como para que yo me atreva a cultivarla”. Una señora le preguntó cómo había hecho para convertir a sus hijos a tan temprana edad. Respondió, “¡Ah, es que me adelanté al diablo!” Escribió, “los padres que más aman a Dios no permitirán que sus hijos aprendan nada que no sea compatible con el servicio a Él”. Ella se cuidaba del desperdicio y de los lujos en su hogar. Mantenía la ropa bien remendada y zurcida, y aprovechaba cada prenda mientras pudiera ser usada.

Un tiempo posterior a su matrimonio ella obtuvo la experiencia de la santificación. Su principal fracaso había sido la irritabilidad, y ella anhelaba un carácter que permaneciera siempre dulce. Dedicó todo cuanto pudo de dos días para buscar al Señor. La Escritura que dice, “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”, fue hecha realidad a su corazón. Mientras crecía su confianza, pudo considerarse muerta al pecado. “No sentí ningún éxtasis de gozo, pero sí, perfecta paz – el dulce descanso que Jesús prometió a los cargados. He entendido el significado de lo que dijo el Apóstol, ‘los que hemos

creído entramos en el reposo'. Dos o tres cosas muy perturbadoras ocurrieron el sábado, que en otro tiempo me hubieran excitado a la impaciencia, pero fui guardada por el poder de Dios por fe en una plena salvación".

Desde febrero de 1888 hasta octubre de 1890, la Sra. Booth sufrió de cáncer. En forma progresiva ella tuvo que abandonar toda actividad. Cuando no pudo continuar usando su mano derecha, aprendió a escribir con la izquierda. En varias ocasiones envió mensajes conmovedores a sus colaboradores del Ejército de Salvación. "Las aguas están subiendo, pero yo estoy más arriba. No me anegan, pues yo navego encima. No se aflijan por la hora de mi muerte; solo sigan viviendo bien, y la muerte no les dará problema alguno". Mis queridos hijos y amigos: les he amado mucho, y en el poder de Dios les he ayudado un poco. Ahora al llamado de Dios, los dejo. La lucha deberá seguir. Con abnegación probarán su amor por Cristo. Todos deberán hacer algo. Les envío mi bendición. La guerra sigue, y Dios estará con ustedes. La victoria vendrá al final. Nos veremos en el cielo".

Uno de sus últimos actos de amor fue el de bordar un par de pantuflas para su esposo. Se las arregló para coserlas con la mano izquierda. Bordó unas inscripciones muy apropiadas: "Él guardará los pies de sus santos", y "Nuestros pies estarán dentro de tus puertas, oh Jerusalén".

Hablando acerca del cielo, ella dijo: "¡Quisiera volar! No creo que voy a estar consignada a un rincón del cielo para tocar un arpa. Qué otros a quienes les guste hagan eso. Yo viajaré si es posible. Regresaré a verles, si es que se puede, y les diré al oído algunas cosas que no he podido decirles ahora". Con ternura acarició la cabeza canosa de su esposo, el General Booth, quien estaba inclinado a su lado en medio de gran dolor. Tomó su mano, llorando, y poniéndola junto a sus labios dijo,

*"Somos los dos tan unidos, que pienso
No estaré mucho tiempo en la gloria
Dejándote atrás. No mucho tiempo,
Estoy segura, no mucho tiempo; y tú llegarás."*

Los amigos que rodeaban su cama entonaron varios himnos. Cada vez que se pronunciaba la palabra "paz", ella levantaba su mano en señal de que esa era su bendita experiencia.

"Su alma resplandecía triunfante a pesar del dolor que la embargaba; y la gloria de la aurora eternal bañaba su rostro hasta entonces marcado por el sufrimiento. Las huellas del dolor se habían cambiado por una paz inexpresable". La cadena de plata se quebró el 4 de octubre de 1890.

La explosión de simpatía popular que se manifestó con la muerte de la Sra. Booth probó el alto grado de estima que se le tenía, y que sus labores no fueron en vano. La prensa y líderes religiosos y la prensa secular la alabaron y una multitud sin precedente presenció las ceremonias funerales. Clapton Congress Hall de Londres, con una capacidad para 5,000 personas, estaba repleto. Su muy gastada Biblia, la bandera del Ejército de Salvación, su gorra, y su chaqueta de uniforme yacían sobre el ataúd rodeado de flores y helechos. Un cuerpo de cadetes vigilaba el orden mientras una fila interminable de visitantes desfilaba frente a ella. 41,700 personas desfilaron por el salón para contemplar por última vez los restos mortales de esta ganadora de almas. "Muchas escenas conmovedoras se dieron al lado del ataúd. Hubo personas tan vencidas por el dolor que con dificultad se les pudo apartar de ese lugar. Otros, recordando los mensajes de días pasados, vinieron a buscar la salvación. Ministros, abogados, doctores, actores, carteros, policías, oficiales de ferrocarril, conserjes, y labradores abandonaron sus trabajos para estar

presentes. Mujeres de todas las posiciones de la sociedad, hombres fuertes e intelectuales contemplaron la escena con ojos llenos de lágrimas. Yo nunca había tenido una experiencia tan conmovedora, mientras uno tras otro, en grandes números pasaron, con labios temblorosos y rostros bañados en lágrimas. Todos reconocían en la muerte de la Sra. Booth la pérdida de una amiga personal”.

Desde Clapton Hall al este de Londres, hasta Olympia, al oeste, se trasladaron sus restos una semana después. Treinta mil personas se reunieron nuevamente, y fuera de las puertas quedaron miles más que no pudieron entrar. El servicio fue conducido por folletos distribuidos entre la gente, y por letreros gigantescos alzados desde la plataforma. Extractos de los escritos de la Sra. Booth formaron parte del servicio. Con gran emoción los deudos subieron a la plataforma y entonaron el coro con el cual ella con frecuencia había consolado a los moribundos:

*“Pasaremos por el valle de la sombra de muerte.
¡Pasaremos por el valle en paz!
Pues Jesús mismo será quien nos guía.
¡Pasaremos por el valle en paz!”*

El servicio terminó con una invitación para que todos aquellos que estuvieran dispuestos a rendirse totalmente al Señor se pusieran en pie. Muchos cientos de personas con lágrimas respondieron. Millares de espectadores hicieron valla en las cuatro millas de calles hacia el cementerio por donde pasó la procesión fúnebre integrada por la familia y tres mil oficiales del Ejército de Salvación. Al cementerio solamente se permitió el ingreso de diez mil personas. Allí se celebró un servicio dirigido desde una gigantesca plataforma cerca de la tumba. Algunos miembros de la familia se dirigieron a la multitud, aprovechando la oportunidad para exhortarles a entregar sin reserva sus vidas al Señor que en forma tan visible había bendecido al ser que despedían.

Un epitafio sencillo marca su tumba que ha sido visitada por miles de procedentes de muchas naciones:

CATHERINE BOOTH

Madre del Ejército de Salvación

Más que vencedora por medio de aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por todo el mundo, y por ti.

¿Sigues tú a Cristo?

- Traducido de Men and Women of Deep Piety